

CABALLOS DE MEDIANOCHE

Había vivido y trabajado solo con la Soledad, mi amiga, y en las tinieblas, en las noches y en el silencio durmiente de la tierra había contemplado un millar de veces el sonido de sus oscuros caballos arribando. Y había velado la muerte de mi hermano y de mi padre en las oscuras vigiliyas de la noche y, cuando, a su hora, llegó la figura de la Muerte orgullosa, yo la había reconocido y amado.

Thomas Wolfe, *From Death to Morning*

–No me gusta el agua –dijo ella, y dibujó un mohín con los labios–. No me gusta nada.

–¿Cómo que no te gusta? –repuso él, mientras la sostenía al borde de la tina–. A las niñas buenas les gusta el agua y se bañan todos los días.

–Yo no soy una niña buena.

–¿Conque no eres una niña buena? Entonces, ¿se puede saber qué clase de niña eres? Porque si no eres una niña buena tienes que ser una niña mala...

–Ah, no –elevó la voz–, eso sí que no. Yo no soy una niña mala. Yo no...

–Bueno –la interrumpió él–, si no eres una niña mala te vas a meter al agua ahora mismo. Y sin protestar.

–Está fría. No quiero.

–Caramba, no está fría. Ven, dame la mano.

Ella dudó un instante antes de tendérsela. Él tomó aquella mano pequeña y blanda como si se tratara de un pez vivo y la sumergió en el agua. Ella dio un ligero respingo e intentó sacarla, pero él no se lo permitió.

–¿Ves? No está fría.

Ella se entretuvo batiendo el agua y pronto deslizó la otra mano.

–Señorita –dijo él–, no hemos venido aquí para un baño de manos.

Así que usted va a entrar al agua de una vez, le guste o no le guste.

Ella lo miró y frunció los labios.

–No me digas así.

–¿Cómo?

–Que no me digas señorita. No me gusta.

–A usted no le gusta nada. Nunca he conocido una niña tan difícil.

–Es que no me gusta que me digas señorita. No soy tan vieja.

El hombre la miró divertido y empezó a reírse. Sin embargo, su risa se apagó de repente, interrumpiéndose con un bufido sordo. Inclino la cabeza y se cubrió el rostro con ambas manos.

–¿Qué te pasa, papi?

–Nada, nada. ¿Dónde dejé mi vaso?

–Ahí está –apuntó ella bajo el lavatorio. El hombre recuperó el vaso y bebió lo que quedaba de un solo sorbo.

–Bueno –anunció–, o entras por las buenas o entras por las malas. ¿Qué prefieres?

Ella lo observó durante varios segundos, midiendo la firmeza de su resolución.

–Está bien –dijo, bajando la vista.

Él aprovechó su distracción para hacerle cosquillas y, mientras ella estallaba en carcajadas, la levantó en vilo y la metió dentro de la tina.

–¡Ay! ¡Está fría!

–Vamos, no seas teatrera. El agua está tibia. Ahora quédate quieta que voy a llenar mi vaso.

Cuando regresó ella ya se había acostumbrado a la temperatura del agua. Él cogió el jabón y le restregó el cuerpo sin prisa, haciendo abundante espuma.

–Qué chiquita más cochina... Tienes barro en las orejas. ¿Dónde has estado?

–En el parque, jugando a las escondidas con Tito –explicó ella.

–¿Tito? ¿Quién es ese sujeto? Usted todavía está muy mocosa para andar con novios.

–Tito no es mi novio. Es mi amigo. El chico del piso de abajo.

–¿Muy amigo?

Ella asintió.

–Hum... Eso suena algo sospechoso. Cierra los ojos que te voy a enjuagar el champú.

–Listo –dijo él, envolviéndola con la toalla–. Ahora sí pareces una niña decente.

–Oye, no me frotes tan fuerte. Me haces daño.

–No seas exagerada. A ver, alza los brazos. Date la vuelta. Hay que secar bien el potito. Otra vuelta. Ahora la cosita, siempre tan meoncita. Cuidado que te resbalas.

Cuando terminó le dio un beso ruidoso en el ombligo y ella soltó un gritito nervioso. Luego la llevó al dormitorio, donde le puso el pijama y la acostó.

–A dormir se ha dicho, jovencita.

Se agachó y la besó en la mejilla.

–Pica tu cara –se quejó ella–. ¿Por qué no te has cortado?

–Afeitado, querrás decir –le corrigió él, palpándose la barba desordenada y copiosa de varios días.

–Pareces un oso feo.

–¿Sí? ¿Tan feo? –dijo él con voz distraída. Luego se incorporó y dio unos pasos vacilantes por la habitación.

–¿Vas a salir, papi?

–¿Salir? No, no. ¿Dónde diablos he puesto mi vaso?

–Lo dejaste junto a la tina.

–Sí, claro. Qué memoria. No me acuerdo de nada.

El hombre se dirigió al baño.

–Será mejor que duermas –dijo, volviendo al cuarto.

–No tengo sueño.

Él agitó el vaso, haciendo tintinear los cubos de hielo.

–No me gusta eso que tomas –dijo ella.

–¿Cómo lo sabes? ¿Acaso lo has probado?

Ella encogió la nariz.

–Es amargo, horrible, peor que mi jarabe. Casi vomito.

–Bien hecho. Eso te pasa por curiosear donde no debes. Ahora, señorita, voy a apagar la luz.

–Ya pues, no me digas señorita.

–Se acabó la charla. Es hora de dormir.

–¿Te duele la cabeza, papi?

El hombre había cerrado con fuerza los ojos.

–No es nada –dijo, haciendo un gesto de poca importancia–. Me duele un poquito la cabeza. Ya pasará. Hasta mañana.

–Papi.

–¿Qué?

–No te vayas.

Él se acercó y se sentó en el borde de la cama.

–Es tarde, jovencita –le dijo mientras le revolvía la suave madeja de su cabellera negra–. Tienes que dormir.

–¿Y tú?

–Yo también. Ya me voy a acostar.

–Mentira.

–¿Le llamas mentiroso a tu padre?

–Anoche no te acostaste.

–¿Anoche?

–Sí. Tenía sed y me levanté para tomar agua y entonces te vi despierto en la sala. Estabas junto a la ventana, con tu vaso, mirando la oscuridad. Y esta mañana cuando me levanté para ir al colegio todavía seguías ahí.

–Seguramente me había levantado temprano.

–No, porque estabas despeinado y olías feo cuando fui a darte un beso. No te habías lavado los dientes...

–Caray, por lo visto no se te pasa una.

Le dio un beso en la mejilla y ella se colgó de su cuello y lo atrajo hacia sí.

–¿Me das un beso como en las películas? –le susurró en el oído.

El hombre lanzó una carcajada.

–Como en las películas, ja... ¿Y cómo es eso? Yo no sé.

–No te hagas...

–Si no me hago...

–Ya pues.

–Con una condición.

–¿Cuál?

–Te duermes de una vez.

–Con una condición –dijo ella.

–¡Qué! ¿Tú también quieres poner condiciones? Así no vale. – Intentó deshacerse de su abrazo, pero ella lo retuvo y acercó sus labios y los oprimió contra los de él.

–Hiciste trampa –dijo él, retirando la boca poco después. Ella se limitó a mirarlo en silencio.

–Papi –dijo al cabo de un momento.

–Dime.

–Papi –vaciló ella–. Papi, quiero dormir contigo.

–No creo que sea una buena idea –dijo él, desprendiéndose de su abrazo. Recogió el vaso que había dejado sobre la mesa de noche y bebió un trago. –Hace mucho tiempo que no dormimos juntos.

–Sí, pero esta noche quiero dormir contigo.

–No, esta noche no.

Ella murmuró algo ininteligible y desvió la mirada.

–No seas renegona. Te vas a volver fea.

Ella permaneció en silencio.

–¿Al menos puedo saber por qué quieres dormir conmigo esta noche? –dijo él, buscando sus ojos.

–Tu cama es grande –balbuceó ella.

–Es verdad –dijo él–. Mi cama es grande, quizá demasiado grande. Pero esa razón no basta.

Ella hundió la cara en la almohada y él le rozó la nuca con la yema de los dedos.

–¿Y bien?

Ella miró la pared y dijo:

–Es que tengo miedo.

–¿Miedo? –repitió él–. ¿De qué?

–No sé –gimió ella–, pero tengo miedo.

–Puedo dejarte la luz encendida.

–No, no es eso.

–Vamos, no hay por qué tener miedo.

Ella se volvió hacia él. Sus ojos brillaban como dos esferas ardientes.

–No te preocupes, jovencita –dijo el hombre en voz baja–. Estás conmigo. Estamos juntos. Siempre vamos a estar juntos los dos. Sabes, eres una chiquilla muy linda y te quiero mucho. Ven, abrázame.

–Yo también te quiero mucho.

–¿Solo mucho?

–Mucho-mucho-mucho.

–¿Cuánto es mucho-mucho-mucho?

–Es un montón, algo muy grande.

–¿Qué tan grande?

Ella lo pensó.

–Como ir de aquí hasta la luna –dijo finalmente.

–Eso me gusta –dijo él–. Está bien, tú ganas.

El hombre la alzó y ella apresó su torso con ambas piernas. Salieron al pasillo y entraron en la habitación de él.

–¿Ahora podrás dormir? –le preguntó mientras la acomodaba entre las sábanas.

–Si tú te quedas...

–Hazme sitio –dijo él y se echó junto a ella.

–¿Vas a ir a tu trabajo mañana?

–Claro.

–Hoy no fuiste.

–¿Quién te ha dicho que no fui?

–¿Y ayer? Ayer tampoco fuiste. Lo sé porque te olvidaste de ir por mí al colegio y la Miss Rita llamó a tu oficina y le dijeron que hacía varios días que no ibas.

–Caramba, pareces una esposa gruñona. ¿Cuál es la Miss Rita? ¿Esa flaca alta con cara de hueso chupado?

Ella se rió.

–Sí, esa es.

–Pues habrá que decirle que no meta las narices donde no le importa.
¿Dónde está mi maldito vaso?
–Se quedó en mi cuarto.
–Bah...
–¿Te sigue doliendo la cabeza?
–¿Quieres dormirte ya? –dijo el hombre, levantándose bruscamente–.
Estoy comenzando a hartarme.
–Papi –dijo ella con suavidad y le aferró la mano.

Ella dormía con la boca levemente entreabierta. Podía sentir su cuerpo tibio, el ritmo sosegado de su respiración. Le gustaba velar su sueño, pero no quería correr el riesgo de que se despertara. Un rato después se apartó con cuidado y salió del cuarto.

Se sirvió un nuevo trago, bebió un largo sorbo y se aproximó a la ventana. La ciudad se emboscaba en la vasta penumbra, debajo de un reguero de puntos luminosos.

Lo peor eran las punzadas en las sienes. Todo empezaba con un rumor lejano que iba en aumento hasta convertirse en un tumulto que estremecía las paredes de su cráneo. El dolor oscilaba como la marea que se encrespaba y rugía por la noche.

Una fuerte brisa subió desde el acantilado, trayendo un olor rancio y pesado que impregnó sus fosas nasales y se estancó en el aire. El hombre miró la calle que se estiraba veinte pisos abajo como una lengua húmeda y brillante. Había llovido y el asfalto mojado reflejaba las luces del alumbrado. Jirones de niebla se deslizaban como fantasmas extraviados.

Fue al baño y se roció la cara con agua fría. Un individuo de tez pálida le devolvió una mueca en el espejo. Tenía la barba hirsuta y los ojos

enrojecidos de insomnio. Las venas latían bajo sus sienes y un espasmo le sacudió la columna vertebral. Se apoyó en el lavatorio y trató de contener los temblores. Por último, apretó los dientes con rabia y se lanzó contra ese rostro que se contorsionaba delante de él y lo hizo pedazos.

Se le acababa el tiempo. Un hilo de sangre descendía por su frente. Abrió los armarios y vació los cajones del escritorio, atropelladamente, hasta que distinguió el paquete sobre una de las repisas de la biblioteca. Rasgó la envoltura, sacó los rollos de cinta de embalar y se dirigió al vestíbulo.

Durante los siguientes minutos se dedicó a cubrir las rendijas que había entre la puerta y el marco con la tira adhesiva, de modo que quedaran herméticamente cerradas. Repitió la operación en las ventanas de la sala, el comedor y las demás habitaciones. Al terminarse la cinta, usó unos trapos para sellar la puerta de servicio. Luego abrió la llave del gas.

Exhausto, se tendió al lado de la niña, y oyó el estrépito de millares de cascos que retumbaban contra la tierra en una carrera desenfrenada.

Se volvió hacia ella, la rodeó con su brazo y esperó. Ya se encontraban muy cerca. De pronto sintió que todo se le escapaba –la niña, el cuarto, su propio cuerpo– como un puñado de arena que uno se empeña inútilmente en retener. Fue entonces cuando los vio. Allí estaban las fauces furiosas, las orejas erectas y los belfos resoplantes, arremetiendo con un brillo salvaje en el centro de los ojos, relampagueando con el esplendor helado de una manada de caballos blancos desbocados en las tinieblas de la noche.